

¡EL SEÑOR LLEGA. LEVANTAD LA CABEZA!

La alegría que yo os doy nadie os la puede quitar

Vivimos momentos difíciles. Momentos de fragilidad, de reducción, de ambigüedad, de revueltas sociales y políticas desajustadas. Y mucha gente puede preguntarse –quizá nosotras también– *¿de qué me sirve a mí que llegue el Señor?*. Lo que necesito es soluciones prácticas a los problemas prácticos, necesito encontrar trabajo, pan, seguridad, necesito creer en alguien, necesito que se cumplan las leyes y se reafirmen los derechos humanos, necesito que mis vecinos, mis hijos, mi familia se acuerden que existo cada día del año, no los días de navidad...necesito una Iglesia que se realmente comunidad y necesito una comunidad que sea iglesia. Necesito cosas básicas, nada más... Y no las encuentro.

Es cierto, necesitamos todo eso. Pero sobre todo necesitamos entender qué es el adviento. No podemos limitarlo a un tiempo litúrgico bonito que nos va encaminando al tiempo más dulce de la liturgia: la navidad.

El adviento nos recuerda machaconamente las tres venidas del Señor:

- **La primera**, hecho uno de nosotros, compartiendo nuestro camino por nuestros propios caminos
- **La segunda**, la que se da después de pentecostés, la que la comunidad cristiana descubre: el Señor está aquí, junto a nosotros
- **La tercera y definitiva** cuando todo confluya armónicamente en una nueva tierra y un nuevo cielo. Cuando seamos tierra y cielo una sola realidad en el amor.

Celebramos la primera venida del Señor en la Navidad. Y es en el adviento donde ponemos la atención en esa definitiva venida que pasa necesariamente por la encarnación y por la vida cotidiana de nuestra propia historia, la personal, la eclesial, la historia de la humanidad que va transformándose hacia esa armonía prometida. Una transformación oculta, muchas veces distorsionada y muy confusa. Pero cierta. El Señor está aquí y nos cambia el corazón. Sin él nada seríamos.

Por eso, la insistencia de Madre Francisca en invitar a las hermanas hacia lo Alto de quien procede todo bien, tiene una actualidad plena. Y nos compromete y llena de esperanza a un mismo tiempo. ¿Qué sería de nuestra vida si no fuéramos capaces de levantar la mirada, de caminar erguidas, de descubrir más allá de nuestros límites esa otra realidad en la que sólo cabe el amor?.

Dios se nos da como don, pero el mundo no lo entenderá si los que creemos en él, los que le seguimos, los que nos decimos “de los suyos” no hacemos posible esa venida definitiva, ahora y aquí.

Un ahora y aquí que nos muestra la realidad de dolor, de insensatez, de sufrimiento, de muerte y violencia, de desesperanza e injusticia. Pero también de posibilidad y oportunidad, de gracia. Lo que esperamos y ha de venir ya está aquí. Sólo se trata de abrir las puertas del corazón y dejar entrar a todos los que van por los caminos, sea cual sea su condición y sentarnos juntos al banquete del Reino. Cualquier resquicio de esperanza y alegría es suficiente, aunque nos parezca inútil.

En el evangelio aparece muchas veces el renacer de nuevo, el orden nuevo de las cosas, la VIDA plena, la muerte que da vida, el cambio de mentalidad.

Es importante fijarnos en los evangelios de estos días. Nos señalan el camino: la paciencia, el compartir, la vida centrada en lo esencial, la fortaleza de la fe en Jesucristo, la alegría, el primado de la persona como innegociable, las diversas formas de experimentar la relación con Dios: el gozo y turbación confiada de María, el aturdimiento de José y el bloqueo y mutismo de Zacarías... Todo en clave de fidelidad. Cualquiera de nosotras hemos vivido estas situaciones a lo largo de nuestra vida.

En esta comunidad, por las circunstancias de enfermedad y vejez, lo decimos muchas veces y lo experimentamos en nuestras propias carnes: es el tiempo de mirar de otra manera, de mirar desde otra perspectiva. De nuestra debilidad y limitación, brota la misteriosa oportunidad de un amor no útil, sólo entregado. De pronto descubrimos que en esa pequeñez está el misterio de la encarnación. Y empezamos a entender las cosas de otra manera. Empezamos a vivir conmovidas porque la misma bondad del Señor nos visita con sus dones. Sólo eso. Descubrimos que hay maneras de creer y adherirnos a Jesucristo. Formas que van más allá del control de nuestras propias fuerzas, quizá ya inexistentes.

Y lo vemos también en la Iglesia. Una porción pequeña de la humanidad. Comprendemos que la Iglesia no es el centro del mundo, ni es poderosa, ni es reconocida por una inmensa mayoría de la humanidad. Y que no es propiedad privada de nadie, sino de la humanidad entera. Lo cual nos lleva a cuestionar normas, leyes y culto.

Y es ahí, en esa pequeñez donde encuentra la fuerza de la esperanza, la constancia en el amor, la fidelidad de la fe simple y llanamente porque es el Señor quien la habita. Es el Señor quien nos habita. Y somos nosotras quienes le damos a luz con el testimonio de nuestras propias vidas, pecadoras pero agraciadas, inútiles pero fecundas, ciegas, pero lucidas, sordas pero abiertas a la Palabra que empapa nuestra vida. Hoy, más que nunca, podemos experimentar y decir al mundo que la fraternidad es posible y más necesaria que nunca.

Es importante que demos gracias al Señor por nuestra vida pequeña, cotidiana, normal, casi casi escondida. Y que unas a otras nos vayamos repitiendo que con Dios todo es posible (Mt 19,26). Y lo podemos decir porque creemos humildemente que es el mismo Dios quien nos acompaña, quien nos visita, quien se queda con nosotras.

ALGUNAS PISTAS FRATERNAS PARA AYUDARNOS A VIVIR EL ADVIENTO HOY

- 1. MIRAR HACIA DENTRO (LA CONVERSIÓN. EL NACER DE NUEVO)**
- 2. MIRAR HACIA LO ALTO (LA ORACIÓN-LA LUCIDEZ DEL ESPÍRITU)**
- 3. MIRAR HACIA ABAJO (LA MISIÓN-LA PERMANENCIA)**

1. MIRAR HACIA DENTRO (LA CONVERSIÓN. EL NACER DE NUEVO)

La conversión va unida a la esperanza. Si no para qué convertirnos. Y como dice Casaldáliga: *"Porque creemos que su Reino avanza más allá del pecado y de la muerte, hablemos y vivamos de Esperanza"*.

No se trata de convertirnos «porque el reino de Dios está cerca», sino exactamente al revés: el Reino de **Dios puede estar cerca porque decidimos cambiar nosotros** (nos convertimos) y con ello cambiamos este mundo... Todo con humildad.

LA CONVERSIÓN-ESPERANZA NOS LLEVA A AFRONTAR

- **el tema de la violencia** ocasionada por los fanatismos religiosos y aceptar nuestra parte de culpa en ello,
- **la nueva ética**, basada más en la ternura, en la prioridad de la persona por encima de todo. Una ética necesaria para dar respuestas al hoy del mundo,
- la necesidad de **creer en un Dios** más acorde con el buen pastor que con el juez.
- **la urgencia de una palabra de consuelo y justicia** ante los desconsolados,
- **las preguntas sobre el sentido existencial de la vida**, sobre la angustia, la muerte, la cruz de Cristo, a quien esperamos en Adviento, el deseo irrenunciable de felicidad de todo ser humano...
- **la confianza en la bondad del tiempo actual**, con todos sus conflictos y ambigüedades. Saber descubrir esos brotes nuevos de solidaridad, de progreso, de sensibilidad ante la injusticia, del crecimiento del voluntariado, de los proyectos comunes, de una Iglesia en salida y con los pobres, de la denuncia de la corrupción...

Y la conversión, hecha consciente por cada persona, y confiada humildemente al Espíritu, es también lo que nos hace entender que **la experiencia de fe no es cuestión privada**, ni mía personalmente ni comunitariamente, de mi comunidad, de mi parroquia, de mi iglesia, de mi Congregación. La fe cambia el mundo, o lo destruye o lo construye. **Lo que creamos y cómo creamos es asunto de la humanidad**. De ahí que la conversión nos lleva a sentirnos "humildes siervos del Señor", o como decía Francisco "inútiles siervos"

Y la misma pregunta que se hace Nicodemo nos la hacemos nosotras: ¿Cómo voy a volver al vientre de mi madre y nacer de nuevo?. Mirada y perspectiva literal y carnal. Si solo miro lo meramente corporal, realmente es un absurdo pedir esto. Pero somos cuerpo y espíritu. Y el espíritu traspasa los límites del tiempo y del espacio, de lo que considero realidad tangible y de la realidad que va más allá de lo palpable, pero es lo que hace posible la vida: la realidad del amor.

Y entonces sí, es posible la esperanza porque es posible una nueva vida para toda criatura, para toda existencia.

2. MIRAR HACIA LO ALTO (LA ORACIÓN)

Ser lúcidos **no es cuestión de puños**, ni de fuerza de caballerías, de jarretes, como dice el salmo... La lucidez **viene del único que es Luz y Verdad**. Por eso, a Él le pedimos, por eso ante Él elevamos nuestro grito, nuestro canto, nuestra queja...

Un canto, un grito, una queja que no es sólo por nuestra pequeña e insegura pobreza, sino **por la pobreza ajena**, la que mata y destruye, la que olvida y margina, la que nos deshumaniza y rompe la hermandad original.

El mirar hacia lo Alto nos conduce a mirar hacia abajo siempre. Como el mismo Dios hace en ese trayecto que lo identifica: ***escuchar el clamor del pobre, del pueblo-mirar hacia abajo-conmoverse desde las entrañas-bajar.***

El Adviento nos recuerda dos cosas básicas: una, que no hay esperanza en mí mientras no salga de mi pequeña y cómoda esperanza para entregarla enteramente a quienes nada tienen. Y dos, que yo, **por mi propia fuerza, no puedo encontrar esa esperanza** que me hace salir de mi casa y me lleva al desierto del mundo. Por eso, he de **pedirlo al único que es el Bien**, Sumo Bien y todo Bien, al Dios Altísimo que se me hace esperanza al hacerse carne de mi carne. Al Dios, que me hace comprender que es posible lo imposible. Y me lo muestra palpablemente: enviando a su Hijo, nacido de mujer. *La dulce locura de misericordia, los dos de carne y hueso.*

De ahí que el adviento nos ofrece la gran oportunidad para retomar esa dimensión que nos hace persona creyente: **la espera contemplativa**, que no es un lujo espiritual concedido a unos pocos, sino que es el único modo de ver y vivir en verdad y libertad.

Una espera que nos ayuda básicamente a:

- ***Retirarnos y hacer silencio.*** El silencio nos pone en el centro de la vida y nos hace entender que mucho de lo que vivimos está fuera de la realidad. La vida personal consciente comienza cuando soy capaz de distinguir mis fantasías de la realidad, cuando soy capaz de romper el hilo que me tiene atada a mí misma. La oración me devuelve a casa.
- ***Vivir al aire de Dios***, saber olfatear el bien que es Dios, gustar del Bien que es Dios, tocar, ver, sentir el Bien que es Dios en la realidad. Y decidir actuar, ver, sentir, tocar, escuchar como lo hace Dios: amor que se anonada hasta hacerse uno de nosotros por pura misericordia. Amor conmovido y urgido a bajar, a abrazar a la humanidad doliente. Y por ello la pregunta clave en la espera contemplativa sigue siendo: ***¿Dónde estás? ¿Dónde está tu hermano?***
- ***Dejar que se remuevan nuestras entrañas.*** La contemplación, como también decía san Francisco abre nuestras entrañas para concebir la Palabra, la gesta, la nutre, la alumbró, la cuida y protege. Por eso nos compromete existencialmente y nos hace fecundas, nos acerca a los sentimientos de Cristo hasta hacernos semejantes a Él. Lo que supone acoger sus propias opciones, correr su misma suerte, comer en su propio banquete, caminar por sus mismos caminos, creer en el mismo Dios Abbá y acoger apasionadamente al mismo Espíritu que nos alienta, que recubre nuestros huesos secos...

3. MIRAR HACIA ABAJO (LA MISIÓN-LA PERMANENCIA)

Vivir contemplativamente es vivir con apertura a ser tocadas por las realidades de la vida, no vivir acorazadas, defendiéndose.

El Adviento nos recuerda que sólo si somos capaces de **encontrar a Dios en los pobres**, en los que no tienen figura humana, y nos identificamos con ellos, y nuestras decisiones son determinadas por el amor a ellos, podremos encontrar a Dios en la vida y podremos decir que vivimos contemplativamente. Y podremos reconocerle en el pesebre, como un NIÑO, débil y frágil, rostro visible del amor del Padre.

Y la contemplación nos lleva necesariamente a la misión con unas características también básicas. Características que el Adviento pone de manifiesto:

- **Atravesar el umbral de las certezas para entrar en el desierto árido de lo incierto.** ¿Qué pasará? ¿Cómo puede darse esto? ¿Qué está ocurriendo?. Es la experiencia del éxodo que hoy vemos en tantos pueblos y que no puede dejarnos indiferentes. La experiencia del éxodo y de la búsqueda nos devuelve a la realidad, no siempre amable. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud para entenderla?. LA de estar alertas, sin apropiarnos de nada. Nada es hoy propiedad, ni privilegio de nadie. Si somos conscientes de lo que estamos viviendo nos daremos cuenta que hoy más que nunca vivimos en lo incierto y eso es ya un paso para entender que lo viejo se acaba y comienza lo nuevo, es decir esa última venida definitiva. El adviento es, pues, el anuncio del nuevo orden de cosas, donde todo volverá a la armonía. Hay textos que nos parecen poesía evasiva de la realidad, componendas para acallar nuestro miedo o nuestra rabia. Si los leemos desde lo meramente racional, son realmente alienantes. Si los miramos desde la esperanza de la utopía humanizadora nos muestran una realidad que anhelamos, deseamos y nos comprometemos a revelarla. Leamos con calma y gusto todos los textos que nos ofrece la liturgia en estas cuatro semanas.

- **Permanecer,** no rendirse, no claudicar del sueño del Reino, no tener prisa, ser pacientes... Permanecer en el tajo de la pobreza, del reclamo de justicia y respeto. No rendirse ante el desprecio y la prepotencia del poderoso, de la imposición y fanatismo, del miedo a la verdad, del rechazo sistemático del diálogo, de la razón insensata de la vanidad, de la fuerza mortífera de la mentira y el engaño... No claudicar del sueño de la hermandad porque es el tiempo de vivir la hermandad, cueste lo que cueste, perdamos lo que perdamos:
 - del bienestar para todos
 - de la igualdad de oportunidades
 - de la iglesia fraterna
 - de una política ejercida sólo para lograr el bien común
 - de unas relaciones afectivas equilibradas
 - de una inteligencia que investiga, busca, decide humildemente lo que hace bien, asumiendo también la equivocación
 - del sueño de una vida religiosa profética y mística
 - de unas comunidades que, desde la conciencia de su pecado, se hacen unas más en el mundo de los pobres, y que tienen como único Señor a Jesucristo y como norma el Evangelio y el proyecto del Reino.
 - de nuevos proyectos de misión compartida con los laicos, de una cultura organizativa más fraterna, de una solidaridad mayor intercongregacional, eclesial, política...
 - EL SUEÑO DE...cuántas cosas podríamos decir aquí.

- **Tener paciencia, no ir con prisas, pero no sestear y huir del camino de la encarnación señalado por Dios.** No quemar etapas, pero sí apurar la hora, adelantar la hora de Dios, poder decir como Jesús a Juan: *he aquí los signos de que yo estoy entre vosotros, de que ya he venido: los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los enfermos son sanados, los cepos se abren, y es anunciada la buena noticia a los pobres. El Espíritu del Señor me ha enviado para eso... Estad alegres y no temáis. No viváis resignados y pasivos. La paciencia de los pobres no puede caer en saco roto. No podéis resignaros a lo que hoy sucede, sin hacer nada. Estáis llamados a ser testigos de esa buena noticia.*

EN CONCLUSIÓN:

Estamos en el tiempo de callar sobre Dios y dejar hablar a Dios que nos llama a:

1. Esperar contra toda esperanza **y creer y sentir que nada puede separarnos del amor de Dios**
2. Vivir amablemente-es decir con lucidez y fe- la realidad del mundo de hoy
3. **Aprender que lo único que puede salvarnos es el amor.** Un amor que pasa por el conflicto del pesebre y la cruz, atraviesa las fronteras de los "elegidos" , se revela con toda su fuerza "fuera del templo y la ciudad sagrada" y se hace tangible en la resurrección y pentecostés, creando la comunidad que camina, respira, vive al aire de Dios.
4. **Contemplar el misterio de la Encarnación.** Es decir,
 - **Dejar que todo lo que ocurre llegue a nuestro corazón y lo mueva,** acogiendo la realidad con ternura y confianza, abandonándonos a Dios confiadamente, sin necesidad de tener todas las claves y todas las respuestas en la mano.
 - **Aprender a mirar y acoger al Dios-con nosotros, el Dios que salva, acoge, el Dios que bendice,** acompaña, el Emmanuel, pobre y frágil...
 - Darnos cuenta de que **no nos salvará ningún emperador,** ni ningún líder poderoso, nos salva un Dios, pequeño, frágil, pobre, que se hace carne de nuestra carne. Un Dios que baja hasta el fondo de nuestra existencia para llevarnos hasta Él.

Quizá la tarea nos parezca demasiado grande, demasiado difícil. Y lo es, pero si nos ponemos juntos a trabajar en la misma dirección iremos dando pasos, pequeños, sencillos, pero esperanzadores y vitales.

No se trata de un maratón, sino de un caminar en conjunto, como decía León Felipe: caminar en compañía, caminar con la esperanza de encontrar juntas el camino, de sentir juntas la misma esperanza de Dios:

**Hay una puerta que Dios no puede abrir
y un murallón que no puede tumbar.
Ahora soy yo quien tiene
Que descubrir salidas y horizontes,
y Dios no puede hacer más que esperar...
¡que esperarme!**